

Los dones de piedad y de temor de Dios

Los dones del Espíritu Santo(III)



Colección +breve
Más títulos en masclaro.org/+breve



El don de piedad

Hoy queremos detenernos en un don del Espíritu Santo que muchas veces se entiende mal o se considera de manera superficial: se trata del don de piedad. Es necesario aclarar inmediatamente que este don no se identifica con el tener compasión de alguien, tener piedad del prójimo.

Este don indica nuestra pertenencia a Dios y nuestro vínculo profundo con Él. Este vínculo con el Señor no se debe entender como un deber o una imposición. Es un vínculo que viene desde dentro.

Por ello, ante todo, el don de piedad suscita en nosotros la gratitud y la alabanza. Es esto, en efecto, el motivo y el sentimiento más auténtico de nuestro culto y de nuestra adoración.

Si el don de piedad nos hace crecer en la relación y en la comunión con Dios y nos lleva a vivir como hijos suyos, al mismo tiempo

nos ayuda a volcar este amor también en los demás y a reconocerlos como hermanos. Y entonces sí que seremos movidos por sentimientos de piedad respecto a quien está a nuestro lado y de aquellos que encontramos cada día.

Pidamos al Señor que el don de su Espíritu venza nuestro temor, nuestras inseguridades, también nuestro espíritu inquieto, impaciente, y nos convierta en testigos gozosos de Dios y

Se trata de una relación vivida con el corazón: es nuestra amistad con Dios, que nos dona Jesús, una amistad que cambia nuestra vida y nos llena de entusiasmo, de alegría

Piedad es sinónimo de auténtico espíritu religioso, de confianza filial con Dios, de esa capacidad de dirigirnos a Él con amor y sencillez, que es propia de las personas humildes de corazón

Hay una relación muy estrecha entre el don de piedad y la mansedumbre. El don de piedad nos hace apacibles, nos hace serenos, pacientes, en paz con Dios, al servicio de los demás

de su amor, adorando al Señor en verdad y también en el servicio al prójimo con mansedumbre y con la sonrisa que siempre nos da el Espíritu Santo en la alegría. Que el Espíritu Santo nos dé a todos este don de piedad.

El temor de Dios

El don del temor de Dios, no significa tener miedo de Dios: sabemos bien que Dios es Padre, y que nos ama y quiere nuestra salvación, y siempre perdona, siempre; por lo cual no hay motivo para tener miedo de Él.

El temor de Dios es el don del Espíritu que nos recuerda cuán pequeños somos ante Dios y su amor. Nuestro bien está en abandonarnos con humildad y confianza en sus manos.

Esto es el temor de Dios: el abandono en la bondad de nuestro Padre que nos quiere mucho

Cuando el Espíritu Santo entra en nuestro corazón, nos infunde consuelo y paz, y nos lleva a sentirnos tal como somos, es decir, pequeños.

Es la actitud de quien pone todas sus preocupaciones y sus expectativas en Dios.

De este modo se siente envuelto y sostenido por su calor y su protección, como un niño con su papá

Muchas veces, en efecto, no logramos captar el designio de Dios, y nos damos cuenta de que no somos capaces de asegurarnos por nosotros mismos la felicidad y la vida eterna.

En la experiencia de nuestros límites y de nuestra pobreza es donde el Espíritu nos conforta y nos hace percibir que la única cosa importante es dejarnos conducir por Jesús a los brazos de su Padre

El temor de Dios nos hace tomar conciencia de que todo viene de la gracia.

Nuestra verdadera fuerza está únicamente en seguir al Señor Jesús y en dejar que el Padre pueda derramar sobre nosotros su bondad y su misericordia.

**Esto hace el
Espíritu Santo con
el don del temor de
Dios: abre los
corazones**

El temor de Dios, por lo tanto, no hace de nosotros cristianos tímidos, sumisos, sino que genera en nosotros valentía y fuerza.

Es un don que hace de nosotros cristianos convencidos, entusiastas, que no permanecen sometidos al Señor por miedo, sino porque son movidos y conquistados por su amor.

**Pero, atención, porque el
don del temor de Dios es
también una "alarma" ante
la pertinacia en el pecado**

Atención en no poner la esperanza en el dinero, en el orgullo, en el poder, en la vanidad, porque todo esto no puede prometernos nada bueno.

Papa Francisco, *Audiencias* 2014